**INTRODUCCION:
RELACIONES DE VIAJES Y
VIAJEROS COLONIALES POR LAS AMÉRICAS**

Elena Altuna
Consejo de Investigación
Universidad Nacional de Salta, Argentina

Un campo de referencias dinámicas

Viajar, migrar... la traslación –siempre– entraña algo más que el movimiento que lleva de uno a otro punto del espacio; el viaje pone en marcha un mecanismo interno de readaptaciones y adquisiciones de pautas culturales, expone al sujeto a su propia incompreensión de lo desconocido, lo enfrenta a sus límites y al límite que le imponen los otros. La experiencia del viaje altera radicalmente un estado de quietud, de certezas brindadas por *un* horizonte vital, para transformar al sujeto en el *forastero*, el *extranjero*, el *inmigrante*: el descentramiento es así la operación que se halla a la base de esa experiencia¹.

Por ello, la perspectiva que nos interesa desarrollar en la introducción a este dossier de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, se nutre de categorías literarias que ponen el acento sobre la índole del sujeto productor de discursos referidos a un “otro” cultural; el carácter de ese sujeto y de ese enunciado estará determinado, en este caso, por la situación de migración que el viaje entraña y por el contacto cultural que aparece como consecuencia. Pensamos en las varias formulaciones de Antonio Cornejo Polar respecto de la *heterogeneidad*, como modalidad que impregna las experiencias de cuantos grupos se hallan comprometidos en relaciones de colonialismo, así como en las categorías más acotadas de *sujeto heterogéneo* y *sujeto migrante* (1995 y 1996); ellas complementan las indagaciones de Rolena Adorno en torno al *sujeto colonial* (1988) y a la situación colonial como paradigma de migraciones e inmigraciones (2000), a la vez que se enriquecen con las reflexiones de Raúl Bueno acerca de la *migración* como fenómeno movilizador de heterogeneidades (2002). Este horizonte interpretativo respalda el argumento de que ciertos rasgos del colonialismo

instaurado en América desde el siglo XVI guardan relación con experiencias actuales, por lo que una aproximación a las huellas del pasado dejadas en la escritura posibilita una mejor comprensión de aspectos del presente.

Se conforma, entonces, un paradigma de referencias dinámicas, que erosiona la concepción de sujeto homogéneo, para concebirlo en términos relacionales en el seno de situaciones socio-históricas específicas. La índole de esas situaciones englobantes modela las relaciones intersubjetivas, las representaciones del sí mismo y de los otros, y genera en cada caso un campo de negociaciones culturales.

Son conocidos los aportes de Cornejo Polar a la interpretación del fenómeno de la conquista y a la conflictividad que, de allí en más, caracterizó el *contacto* entre sociedades y mentalidades surgidas de ese hecho. En su estudio sobre las diferentes versiones que recrean la “escena de Cajamarca” en el área andina (1994), la cuestión de la heterogeneidad de base –o “de mundo”– es trabajada en su historicidad, desde las primeras relaciones escritas en español a las reelaboraciones y desplazamientos hacia las *performances* contemporáneas. De modo ejemplar se pone en evidencia el carácter dinámico (“protencivo” y “retencivo”) de ciertos núcleos de significación cultural, que enhebran pasado y presente mediante complejas operaciones de selección y recreación de las memorias comunitarias. Las representaciones² actualizan los conflictos iniciales y los resignifican desde el hoy. La heterogeneidad, entonces, se proyecta en el cruce entre sincronía y diacronía, al interior de la sociedad y del sujeto, y en el espacio del *contacto* intercultural, en el que emerge una *diferencia* que torna evidente la alteridad; esto supone que el sujeto se revela heterogéneo en la medida en que se involucra relacionalmente con un otro y es capaz de producir respuestas variadas al desafío que toda relación conlleva.

Sujetos migrantes

En el abanico de situaciones interculturales posibles se destaca la migración como un fenómeno que intensifica la condición heterogénea del sujeto. Al igual que con la escena de Cajamarca, que emblemata el choque entre el mundo de la oralidad y el de la escritura, Cornejo Polar (1995) halló la matriz fundadora de este tipo de sujeto en el ámbito colonial, específicamente en el acápite “Camina el autor”, de la crónica de Guamán Poma de Ayala. Este señalamiento, que nos ubica frente a un tipo de migración interna característico de la época –el *forasterism*–, puede hacerse extensivo a la interpretación de los relatos de viajes derivados del impulso expansivo europeo; se visualiza allí otra modalidad de las migraciones, generadora de sujetos heterogéneos y, fundamentalmente, “heterogeneizantes” (Bueno 2002:187). En el mismo sentido, consi-

dera Rolena Adorno que la situación colonial se nos presenta como un paradigma donde contemplar la presencia fuerte de quienes por razones de orden económico se trasladan de ámbito: “los sujetos forasteros de antaño: conquistadores, aventureros, indios mitayos o esclavos”. (2000:16).

La perspectiva de la *migración* invita, entonces, en primera instancia a revisar los “discursos de la conquista”; en efecto, aunque integrantes de una serie a la que la vulgata adscribió por largo tiempo el tono triunfalista compatible con la representación del “conquistador”, muchos de aquellos escritos testimonian vicisitudes y fracasos más acordes con la trayectoria de las empresas del hombre común que busca mejorar su estado. Asimismo, un sector de la *literatura de viajes* puede ser releído desde esta perspectiva, que permite la confrontación con la realidad del presente, signado por la intensidad y el impacto social de las migraciones³. La reiteración de este fenómeno no supone, por cierto, su idéntica repetición; las condiciones socioeconómicas varían y, con ellas, el carácter de las migraciones, pues (en términos globales) una cosa es migrar *desde* culturas prestigiosas, y otra es migrar *hacia* esas culturas. Observa al respecto Raúl Bueno:

Se trata, obviamente, de situaciones migratorias algo diferentes (migrar para colonizar y ponerse a la cabeza de una nueva jerarquía social, por un lado, y migrar para sobrevivir y colocarse a la cola de las jerarquías actuales, por otro) que, aunque actualizan las mismas categorías básicas (aquí/allá, antes/ahora), traen al canto y hacen saltar de un tipo discursivo al otro categorías tales como: dominante/dominado, nosotros/los otros, oral/escrito, popular/culto, tradicional/moderno, auténtico/inauténtico.⁴

En la expansión colonialista de los siglos XVI y XVII prevalece la primera situación, aun cuando es posible reconocer matices en los escritos que la testimonian. Así, hay textos que relatan las alternativas de un *viaje* que presupone el retorno al lugar de origen. El “reconocimiento” circula por la evaluación de las posibles riquezas del Nuevo Mundo y su llana explotación; la expectativa está depositada en el beneficio a obtener y en el regreso a la cultura prestigiada. Es el discurso típicamente heterológico —en gran medida estructurado en función de las categorías básicas señaladas por Raúl Bueno— impelido como está el sujeto a reponer pautas que resalten las diferencias. La inseguridad ante lo desconocido no pocas veces deriva en reacción violenta: la lengua da cuenta de esa crispación mediante la actualización del vocabulario de la alteridad: “gentiles”, “alárabes”, “bárbaros”, “salvajes”, en fin, que permiten focalizar al otro. Las matrices verbales “no ser” —“no saber” funcionan como cristalizadoras de esa otredad que, por contraste, define el lugar del emisor como el del “ser” y el “saber”. El relato que surge como consecuencia de ese tipo de viaje es, entonces, el de

una apropiación, real o simbólica, del lugar del otro y del otro; es el relato de una distorsión inherente al colonialismo, que *dice entender* allí donde todavía no hay posibilidad de comprensión.

“No se pueden poblar aquellos reinos sin despoblar éstos”: migrar para colonizar

Hacia fines del siglo XVI, más precisamente el 23 de agosto de 1597, el procurador de Burgos, Martín de Porras, solicita ante las Cortes de Madrid de 1592-98, arbitre los medios para que Su Majestad, Felipe II,

... se sirva mandar tener la mano en la saca de gente que se hace destes Reynos para de fuera dellos, atento que de ninguna cosa están tan pobres como de gente, y de mandar expresamente que no pasen a las Indias por algunos años, sino fuesen religiosos para que prediquen y enseñen la doctrina, y oficiales y ministros para el gobierno de las tierras, y sus criados y familias, poniendo gran cuidado en que no vayan los demás, pues no se pueden poblar aquellos Reynos sin despoblar éstos. (cit. en Martínez 1984:159)

Este requerimiento revela la preocupación de los funcionarios ante el fenómeno de una inmigración cuya magnitud venía a acentuar la crisis producida por la despoblación del campesinado de Castilla, expoliado por los tributos y ya sujeto a migraciones internas a las ciudades; si a ello se suma la expulsión de los moriscos, que decretada en 1609, llevó hacia 1614 el número de expulsados a 275.000 personas, se obtendrá una idea de la dimensión de un estancamiento demográfico que, un siglo después no presentaba signo alguno de mejoramiento (Lynch, 1984, II). Según los cálculos de Boyd-Bowman, los 40.000 emigrantes registrados en sus investigaciones alcanzarían a un 20 % del número total de colonizadores llegados a las Indias, cifra que se acerca a los 200.000 calculados por Rosenblat para fines del siglo XVI (Martínez 1984:158). El drenaje de inmigrantes fue, pues, de un impacto muy fuerte para España y para las Indias, lo que advierte acerca de las expectativas que concitaba el Nuevo Mundo.

Testimonian las instancias de la migración los relatos que dan cuenta de las vicisitudes e incomodidades de los viajes y las cartas de los colonizadores. Al primer grupo pertenecen textos como la narración del cruce del Atlántico del fraile Tomás de la Torre (1544), la carta del Licenciado Eugenio de Salazar (1573), algunas *letras anuas* de jesuitas⁵. En cuanto a las cartas de los inmigrantes, la recopilación más reciente, de Enrique Otte (1993), de seiscientos cincuenta pertenecientes al período 1540-1616, constituye una muy clara expresión de los intereses que los atan a la nueva tierra; antiguos conquistadores, encomenderos, pero también dueños de obrajes y comerciantes, que normalmente escriben a sus

familiares luego de varios años de permanencia en las colonias y cuando ya han adquirido un bienestar económico, generan representaciones de la tierra en la que se han establecido, pero también de la que han dejado atrás. La oposición aquí/allá da cuenta de la compleja situación de quienes viajaron atraídos por la esperanza de una mejoría; el “allá” pierde ese prestigio inherente al gesto imperial que emana del centro, para mostrarse en su real condición: la miseria de la tierra –su “lacería”–, el horizonte social cerrado. Por contraste –y como parte de esa estrategia empleada para atraer a los deudos– emerge una representación positiva del “acá” como espacio de transformaciones y de posibilidades. Generalmente, predomina el deseo de perpetuar la memoria del “allá” (la genealogía) en un “acá” concebido en términos de solidaridades regionales. Aunque peninsulares de origen, exponen una situación cultural heterogénea que habrá de aportar los ingredientes de la compleja personalidad del colonizador devenido criollo.

Las fronteras del imperio

No todos los inmigrantes desean, sin embargo, permanecer en Indias. Sin considerar la migración forzada de aquellos contingentes traídos como esclavos, así como tampoco el número (por cierto no mayoritario) de quienes retornaron a sus patrias, hay que tener en cuenta a quienes, obligados por circunstancias adversas, peregrinan de un punto a otro de las colonias por largo tiempo; terminarán quedándose, pero no ingresarán al sector más próspero⁶. Sus relatos suelen encubrir la amargura en el caso de “mala fortuna”; no obstante, más allá de la recurrencia a este tópico, revelan la pluralidad de situaciones a las que se ven expuestos. De estos testimonios, dos series son particularmente interesantes: los *relatos de naufragos* y los *relatos de cautivos*.

Ellos suelen dar cuenta de la tensión que oponen las fronteras a la englobante situación de inequidad que el colonialismo naturaliza a través de jerarquías y castas, al mostrar la prevalencia, en las relaciones entre los grupos, de la negociación de posiciones y de territorios. Esas franjas de intercambio de bienes simbólicos y materiales que son las fronteras (lugares donde entran en contacto cuerpos, ideologías, visiones de mundo, lenguas, y no meramente espacios geográficos) revelaron la debilidad operatoria de las políticas metropolitanas, por lo general remisas a invertir gastos en su mantenimiento o eventual expansión (Slatta 1998). Allí, donde “civilización” y “barbarie” se debían mutua existencia, las diversas formas de la violencia y la negociación política entre naturales y europeos fueron canales de integración entre comunidades; como observan Baretta y Markoff (1978) en esas tierras en pugna nadie tuvo el monopolio duradero de la violencia. Fue en las zonas de frontera donde, según Kristine Jones (1998), la “economía de in-

cursión” se convirtió en la única alternativa viable para contrarrestar una competencia desigual entre el mercantilismo colonial de estado y las economías primitivas de caza y recolección.

Las fronteras imperiales muestran su labilidad, su dinamismo a través de los relatos de quienes las transitaron, voluntaria o coercitivamente⁷. Tanto el naufrago como el cautivo atraviesan un límite, ciertamente incómodo para la mentalidad eurocéntrica, pues supone contactos raciales y de género inaceptables que contradicen los principios sobre los que se funda la territorialidad conquistadora. Salvo escasos testimonios –Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán– los relatos de naufragos y cautivos en el periodo colonial son incorporados a relaciones más extensas, entre las cuales ellos constituyen *un episodio*, cuyo sentido último dependerá del marco en el que se inscriban. La escritura opera así como un *rescate* de la voz y del cuerpo de quien es, de esa manera, devuelto a la civilización. No es por ello casual el gesto de Fernández de Oviedo, que remite al último Libro de su monumental *Historia* los numerosos naufragios ocurridos por esos tiempos. Ese inquietante cierre parece decirnos que toda historia imperial deja sentinas de catástrofes innúmeras, y si en el siglo XVI tales relatos poseen casi siempre una función ejemplarizante, más adelante se perfilarán como la cruel experiencia de aquel que no es ya de uno ni de otro lugar. Es el testimonio de los ex cautivos recuperados por tratados entre estados nacionales y las juntas de caciques en el siglo XIX; es el reclamo de Helena Valero/Napëyoma: “No vuelvan a decirme que me gusta vivir con los tigres! [...] He vuelto a la selva, sí, porque no hay sitio para mí en la ciudad.” (cit. en Operé 2001:220). Son estos casos de migración forzada, de viajes que invierten el gesto de apropiación colonial, los que permiten leer de otro modo el cruce de fronteras y ponen en vilo las seguridades imperiales, las concepciones espaciales de la nación. Esos sujetos son, tal vez, la expresión más acabada de la heterogeneidad.

Territorios

Pensar, entonces, en viajes y viajeros implica reflexionar acerca de las migraciones, temporarias o definitivas, en búsquedas personales de Eldorados, y también en territorios, puesto que la expansión que conlleva todo movimiento migratorio afecta a uno de los sentidos más fuertes de la noción de “territorialidad”, que liga espacio y sujetos: aquél entendido como una representación individual y comunitaria dotada de una función socialmente cohesionante, según el lugar de enunciación predominante de los sujetos inmersos en situaciones sociohistóricas específicas. Atravesados por la situación de *lejanía* que entraña el abandono del lugar natal, cargando consigo una memoria personal y familiar, los sujetos la

proyectarán en el nuevo espacio para hacer de él un *territorio*: las creencias y los códigos, la lengua común, recrearán una tradición y lo colonizarán definitivamente. Lo que antes fuera mero escenario, extensión a conquistar, se transformará en un espacio vivido, sufriendo asimismo mutaciones las valencias otorgadas al “allá” y al “aquí”, al “centro” y a la “periferia” coloniales. El sentido de territorialidad, complejo nudo de situaciones heterogeneizantes, se opone, en gran medida, al propugnado por el Estado³. Tanto como las fronteras, los territorios que construyen los inmigrantes son dinámicos, ayer y hoy.

Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas

El título de este *dossier* de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* sitúa nuestro campo de estudio en las relaciones de viajes iniciados con la expansión portuguesa y española de fines del siglo XV; sus últimas dos décadas asisten a los viajes exploratorios de Bartolomeu Dias, de Cristóbal Colón, de Vasco da Gama. En 1500 Pedro Alvares Cabral descubre Brasil. Los intereses comerciales de las coronas serán reconocidos y sancionados por bulas papales y tratados políticos: en 1455 la Bula *Romanus Pontifex* otorga a Portugal el monopolio sobre las aguas y tierras de Guinea, en 1498 el Tratado de Tordesillas reparte el mundo entre Portugal y Castilla; tres años antes, un cargamento de esclavos indios había salido hacia España. Desde entonces en adelante, las Indias fueron objeto de todo tipo de conquistas, exploraciones y colonizaciones, que modelaron diferentes tipos de sociedades, de espacios y de representaciones identitarias. Las primeras que se gestaron respecto de los “otros” amerindios fueron, sin embargo, decisivas para la historia posterior. Los efectos de la lectura de los relatos de viaje del periodo colonial, entendidos como producción de bienes simbólicos en el imaginario y como impulsores de la búsqueda de bienes materiales en la realidad, persisten más allá del colonialismo de los siglos XVI y XVII. Propiciarán nuevas miradas sobre áreas poco recorridas hasta entonces y, a instancias de ese impulso universalizante que trajo consigo la actitud de los ilustrados del siglo XVIII, registrarán sus riquezas en catálogos y colecciones de especies; esas narrativas sentarán las bases de una nueva conquista bajo la bandera del progreso, en el siglo XIX. Más todavía, la reedición o la publicación de muchos de estos “documentos”, que desde el XIX y durante el siglo XX, pasan a formar parte del *archivo nacional*, serán revisados en función de los componentes de la “nación”; adquieren, en ese sentido, un carácter fundacional en el marco de sus tradiciones.

La primera sección *El proyecto colonial y sus retóricas* se abre con el artículo de Rodolfo Franconi “La carta de Pêro Vaz de Caminha al Rey Don Manuel”; primera noticia de la tierra que sería

denominada “Brasil”, se inscribe en el corpus del más característico género literario de los siglos XIV a XVII: la “literatura de viajes”. Como heredera de una tradición historiográfica realista y pragmática de ver el mundo atestigua, en ese sentido, el primer encuentro entre portugueses e indígenas; pero, además, aporta una dimensión literaria a esa narrativa rigurosa del humanismo lusitano, al dar cabida al asombro ante el paisaje y sus gentes. Un asombro que, en el caso de Caminha, termina siendo una “mirada oblicua”, pues no logra registrar la realidad de modo directo, como pretendía el autor de la carta, sino filtrada por las expectativas y nociones pre-construidas de su momento. A continuación, en “Pêro Vaz de Caminha: para fijar la mirada en el corazón de tinieblas del Nuevo Mundo (en nuestro “heart of darkness”, según diría Joseph Conrad), Keith Louis Walker concibe al colonialismo como empresa económica y comercial destinada a enriquecer los centros metropolitanos de poder de la Europa marítima, y como generador de un dispositivo discursivo conformado por antiguos tropos y una matriz retórica que se proyecta sobre la formación social y económica. Esta mirada atenta, deseante y a la vez codificadora (gesto óptico y panóptico), precede, en rigor, al encuentro real. Se trata de una retórica de la expansión colonial que exotiza y deshumaniza al nativo y, en ese pasaje, lo transforma en bien material. Walker la analiza en la carta de Vaz de Caminha al rey de Portugal. En esta línea, “Los sonidos de la enunciación de la primera vuelta al mundo”, de María Laura de Arriba, aborda el texto de Antonio Pigafetta, testimonio de la expedición de Magallanes-Elcano (1519-1522), con el propósito de relevar las operaciones discursivas que caracterizan el decir sobre el “otro”. La serie heterológica contempla la necesidad de totalizar las rarezas, de multiplicar los nombres, de presentar una identidad inestable de los objetos y seres descritos. La representación del nativo que allí emerge se define por la carencia (de bienes, de escritura, de humanidad).

La segunda sección, *Encuentro y festín (en la casa del otro)*, reúne dos estudios que tematizan la violencia implícita en la política de los cuerpos inmersos en el hecho colonial. En “Los primeros encuentros entre las huestes de Pizarro y los indígenas: apuntes para una tipología”, Lydia Fossa se centra en la Tercera Parte de la *Crónica del Perú* (1550) de Pedro de Cieza de León para deslindar las características de los encuentros que tienen lugar entre españoles e indígenas en las costas del Pacífico, tiempo antes de iniciar la conquista del Perú. A las “cacerías” de informantes y el “asalto” de aldeas, signados por la violencia física, un tercer tipo de encuentro supone la traducción lingüística, que es unidireccional pues sólo está encaminada a obtener la comprensión y el acatamiento de la orden. El cuarto tipo suma, al rasgo mencionado, las fórmulas de cortesía, la mutua invitación; sin embargo, es esta modalidad comunicativa la que habilita el doble discurso de la

conquista: el “Requerimiento” se lee, pero no se comprende. El estudio muestra que la presencia de la lengua no garantiza la comunicación; en efecto, en un hecho de conquista el diálogo no existe⁹. En “*Yguatou: la política del comer en la Historire d’un voyage fait en la terre du Brésil* de Jean de Lery”, Kim Beauchesne examina el punto de vista desde el que se observa y describe la antropofagia de los tupinambá. De acuerdo con su hipótesis, la relativización del juicio moral respecto de un acto sancionado desde la Antigüedad, obedece a la coyuntura política de las disputas entre protestantes y católicos, y a la incorporación de la figura del *sauvage* en esa contienda. De otro lado, el modelo de la receta culinaria europea “organiza” la descripción de los pasos del ritual antropofágico: comparado el cautivo con el cerdo, no solamente se evoca a la cultura judía; también se representa al tupí: come a los “hombres-cerdos” y, como los judíos de las leyendas cristianas, es caníbal. Una doble mirada se proyecta así: el indígena es alegorizado y comparado con el enemigo católico, pero además se lo degrada para hacerlo presa de la dominación colonial.

La tercera sección: “*Pruebas del cuerpo y del alma: cautiverios y naufragios*” propone la relación entre la textualización de las experiencias reales de los viajes con sus visicitudes, y su proyección alegórica. Viajes, desvíos, naufragios, cautiverio, son concebidos desde esta perspectiva como “pruebas” que el pecador sortea para alcanzar la gracia. Ingresas así la imagen de la *peregrinatio* y su riquísimo venero: la leyenda del Santo Grial, pero también la tradición plotiniana y la literatura de visiones. En el ámbito colonial, uno de los relatos más conocidos es “La peregrinación de Bartolomé Lorenzo” (1586) del Padre Josep de Acosta, que muestra la conversión del fracaso material en triunfo espiritual. Políticas religiosas, en todo caso, que deben leerse en el marco de los *enxempla* y *avisos*. Si bien estos relatos subvierten el paradigma prestigioso de la conquista, reponen otro no menos importante: el religioso. La colaboración de Valéria Rodrigues da Costa, “Entre lo diferente y lo semejante: un viaje antropológico” se centra en *Viajes y cautiverio entre los caníbales* (1557) de Hans Staden. Las peripecias de este alemán, cautivo durante varios meses de los tupinambá, en alguna medida nos recuerdan las relatadas por Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El texto muestra un proceso de deshumanización del europeo; en efecto, es hecho prisionero, despojado de su vestimenta, tratado como futuro festín, para luego avanzar hacia un lugar de relativo prestigio entre sus captores. La experiencia no solamente muestra la inversión de roles, sino también la negociación de una identidad “menos enemiga”: Staden debe “alejarse” de los portugueses para “acercarse” a los franceses, aliados de los tupinambá. Si el motivo del viaje era, en principio, comercial, escrito varios años después de vivido, se convertirá en un testimonio del poder divino, una afirmación de la fe del ex cautivo. Por su parte,

Benita Sampedro Vizcaya se ocupa, en “Fragmentos de historia (dispersos sobre el mar)”, de una revisión de las lecturas más clásicas de la narrativa de naufragios; propone leer el quincuagésimo Libro de la *Historia general y natural de las Indias* (1478-1557) de Fernández de Oviedo como exponente de una “estética de los fragmentos” y un espacio de la catástrofe. Así, en esa historia monumental vendría a inscribirse —a la manera de un *suplemento* derrideano— lo espectral, la historia de los que debieron aferrarse a la tabla de salvación. Esos despojos del discurso triunfalista son contemplados en su materialidad y tomados como una invitación a leer en ellos un aspecto que dismantela la acumulación de bienes europea. Cerrando esta sección, Olga Beatriz Santiago nos acerca, en “Don Luis de Tejada y Guzmán y la escritura como peregrinaje”, a uno de los escasos testimonios barrocos del actual territorio argentino, el *Libro de Varios Tratados y Noticias*, escrito entre 1660 y 1680. Tomando precisamente ese juego de dobles planos de la escritura barroca, la autora propone leer el texto no solamente en clave alegórica, como confesión autobiográfica de un peregrinaje que lleva del pecado a la salvación, sino además como construcción de una dimensión cívica, en la que el peregrino reconoce, a la par que sus pecados, la tierra natal. De este modo, Córdoba es, a la vez que Babilonia (la ciudad del pecado), una ciudad del Tucumán, espacio marginal del imperio, sí, pero caracterizado por su religiosidad. Traspuesto al poema a una prosa que espejea la probanza de méritos, es ahora la historia de la familia Tejada la que se confunde con la historia de Córdoba. El texto puede, entonces, leerse como la puesta en discurso de una territorialidad diferenciada, colonial y criolla, que cuestiona, desde la perspectiva religiosa, la asimetría centro-periferia.

La cuarta sección “*Pérdidas y ganancias*”, tiene como protagonistas, no a conquistadores o individuos prominentes, sino a comerciantes en busca de fortuna. Amanda Salvioni estudia, en “El desencantamiento del Nuevo Mundo. Viaje de un mercante florentino al país de la pobreza (Galeotto Cei, 1539-1553)” una narrativa del fracaso empresarial, expresado en la frase “*come si fussi vituperio a tornare di là senza un gran thesoro*”, que resume las expectativas generalizadas respecto de las riquezas indianas. Después de peregrinar trece años por Tierra Firme, ejerciendo oficios de pescador de perlas, marinero, carretero, herrero, soldado, mercader, el sólito tesoro de Cei es su experiencia, narrada bajo la forma de un viaje que es una desilusionada “*epopeya de lo cotidiano*” en el Nuevo Mundo. Nuestro artículo “*Acarette du Biscay: los vulnerables límites del imperio*” presenta a otro comerciante extranjero. Como Cei, como Pedro de León Portocarrero —el “*judío portugués*”— la perspectiva de Acarette está menos comprometida con los mitos imperiales, que con el afán de obtener riquezas. Todos ellos suelen mostrar ese otro costado, disimulado, de la sociedad colonial en la

que hasta los virreyes comercian. De allí que el relato del contrabando, aceptado y hasta propiciado por las autoridades de la periférica área rioplatense, ponga por escrito el marco de ilegalidad generado como consecuencia de una política de estado monopólica, y además contribuya a proyectar diseños regionales diferentes, cuyas rutas abrirían el paso a las Indias a otras naciones colonialistas.

La quinta sección —*De este lado del mundo*— se conforma con tres estudios que destacan la impronta de la narrativa de viajes en los proyectos de territorialización y re-territorialización, así como en la recreación de tradiciones identitarias. En “Autoría, legitimidad, espacialidad en la obra de Guamán Poma de Ayala”, Silvia Tieffemberg releva, desde una perspectiva weberiana, la constitución de una nueva categoría autoral americana. A través de la escritura se forja una identidad que legitima la autoridad de quien emprende la enorme tarea de reconstruir un mundo desmoronado: el caminante, el peregrino, el *miles christianus* que recorre el Perú crea una *nueva espacialidad*, sobreimprimiendo al espacio geográfico de “las Indias” el universo simbólico andino, en vistas a un “buen gouierno”. Alvaro Fernández Bravo atiende, en “Catálogo, colección y colonialismo interno: una lectura de la *Descripción de la Patagonia* de Thomas Falkner (1774)”, a un espacio poco visitado por los relatos de viaje: el patagónico, que el jesuita recorrió durante treinta y ocho años. Esa permanencia señala una diferencia sustancial con aquellos textos que se limitaban a describir sus costas, y modifica aquella primera representación de Pigafetta, que lo percibió como un desierto poblado por gigantes. Fernández Bravo propone trabajar en el libro tres cuestiones: la importancia creciente del mundo atlántico y la incidencia de la literatura de viajes en la formación de una nueva conciencia planetaria, la aspiración al *catálogo* como parte de un archivo moderno, y el valor que cobra este libro en el proyecto de expansión territorial de la Argentina en el siglo XIX.

El estudio de Rolena Adorno “La prole de Cabeza de Vaca: el legado multicentenario de una de las primeras jornadas europeas en América del Norte” nos remite al relato de ese naufragio, sobreviviente, peregrino por años, a veces esclavo, otras santón. Su migrancia lleva las huellas de ese “sujeto heterogeneizante” que, en el capítulo XXXIV de sus *Naufragios* desplaza el sentido del “nosotros” y del “ellos” que el discurso imperial fijaba. Como se muestra a través del recorrido por las diferentes lecturas del texto, su actualidad y su capacidad para representar identidades étnico-culturales variadas parece residir, casi paradójicamente, en la imposibilidad de saber a ciencia cierta los contenidos y las ubicaciones geográficas precisas de la experiencia histórica de Alvar Núñez. Especie de emblema del viaje y la migración, los *Naufragios* atestiguan que las migraciones modifican en el tiempo las carto-

grafías.

Queremos cerrar la presentación de este *dossier*, que es una convocatoria a releer el legado del pasado en el presente, citando las palabras de Rolena Adorno que propiciaron esta reflexión sobre las relaciones de viajes coloniales por las Américas: “Las historias de los imperios tanto como sus mitos, como acabamos de ver, se basan en migraciones e inmigraciones”. (2000:15); en ese sentido, aspiramos a relevar, a través de las diferentes secciones, un número –si bien limitado– de situaciones interculturales producidas por la migración. En tanto sujetos coloniales, los viajeros a las Indias exponen en sus textos mecanismos ideológicos característicos de la situación colonial, fijan al colonizado y lo hacen visible, para decirlo en términos de Homi Bhabha. Pero sus relatos cuentan también otras historias, en las que el desencanto y el fracaso, tanto como la esperanza, hacen su trabajo. Con todo ese bagaje se negocian identidades, se perfilan comunidades. Y así como migran las personas, migran los sentidos de esas narrativas, desde el pasado hasta el presente.

NOTAS

1. Georg Simmel reflexiona acerca de la unión entre proximidad y alejamiento que, en términos sociales, supone el *extranjero*, y delimita de esta manera su posición: “Si la emigración, en cuanto significa la no vinculación con un punto del espacio, constituye el concepto opuesto a la sedentariedad, la forma sociológica del ‘extranjero’ representa, en cierto modo, la unión de ambas determinaciones, aunque revelando también que la relación con el espacio no es más que la condición por una parte, y el símbolo por otra, de la relación con el hombre. El extranjero a quien vamos a referirnos no es el nómada migrador, en el sentido que hemos dado a esta palabra hasta ahora, no es el que viene hoy y se va mañana, sino el que viene hoy y se queda mañana; es, por decirlo así, el emigrante en potencia, que, aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial –o de un círculo cuya delimitación es análoga a la espacial;– pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo”. (2002:211).
2. Utilizamos estos términos, adscriptos a la reflexión husserliana sobre el tiempo. Pensamos así la temporalidad como una serie de momentos que, a la manera de una red, concentran diferentes pasados, que se actualizan mediante la memoria en un presente preñado de ayer. De otro lado, el vocablo “representación” remite al sentido de aquella que cada grupo elabora de sí mismo y a través de la cual se hace conocer por otros grupos, frente a los que se muestra como unidad precisamente por medio de esa representación (Chartier 1996:57).
3. Cada año, nuevos contingentes de inmigrantes llegan a los Estados Unidos o a los países de Europa central en busca de trabajo o huyendo de la violencia, aumentan las comunidades de refugiados en áridos paisajes suspendidos de alambradas, de un día para otro surgen barriadas en las ciudades latinoamericanas y a poco andar se incorporan al cotidiano devenir, preservando

las señas de identidad en el habla, en el gesto de la venta callejera, en los bailes y la música con que expresan la devoción a sus santos patronos; los trajinantes reproducen el vaivén de las economías nacionales en el tránsito constante de mercaderías de uno a otro puesto de frontera; cada tanto, reaparecen inquietantes las imágenes de los balseros desafiando el naufragio. Los efectos derivados de esta experiencia no se limitan al entorno más cercano del migrante; antes bien, se perciben en las transformaciones de la cultura popular y en las huellas incorporadas a otros circuitos. Aún más, a poco de indagar se advierte cómo los itinerarios que trazan las diásporas en la escritura, en los ritmos, en ciertos espacios y ritos comunitarios, se enfrentan con los grandes relatos de la nacionalidad, forzándolos a una revisión de sus propios fundamentos, ello explica en buena medida el desarrollo actual de los estudios dedicados a indagar por el sentido de términos como *etnicidad*, *comunidad*, *nación*, por las nuevas concepciones de la *frontera*, por las *lenguas extraterritoriales*.

4. Comunicación del 03 de octubre de 2003, en el marco del Proyecto n° 1225 del Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, del cual el doctor Raúl Bueno es asesor.
5. La penosa vida de los viajeros fue epitomizada en forma de aforismos en el incisivo tratado *“De muchos trabajos que se pasan en las galeras”* (1539) de fray Antonio de Guevara que, aunque referido a los viajes por el Mediterráneo, es extensivo a travesías más largas. Siglo y medio más adelante, el culto comerciante napolitano Giovanni Francesco Gemelli-Careri, en su *Giro del Mondo* (1719) relata su viaje de 1696-98 en el *Galeón de Manila* desde Filipinas hasta México. Los siete meses que ocupó este tramo son comparados, en orden a las estrecheces vividas, con el viaje de los hijos de Israel de Egipto a Palestina.
6. Al respecto, es pertinente mencionar la descripción que Antonio de Ulloa hace en su *Viaje a la América Meridional* (1748) de un sector de pobladores de Cartagena; en efecto, llegan a esta ciudad muchos polizones que, al no ser contratados por comerciantes ni tener otro medio de vida, suelen unirse a negras o mulatas libertas, conchabándose en tareas ocasionales. Apunta Ulloa: “Los que se quedan en aquella ciudad, yá sea tan mal casados, como llevo referido, ó yá en otro estado infeliz para sus almas, que tambien es bien frecuente, se aplican á *pulperos*, *canoeros* y otros ejercicios semejantes, en los que andan siempre mal vestidos y tan colmados de trabajos y desdichas que nunca olvidan la vida que tenían en sus tierras por muy mísera que fuesse [...] Otros tan infelices como estos, y no corto número, se retiran de la ciudad á alguna pequeña estancia, donde en una choza ó *bujio* de paja viven poco menos que irracionales, cultivando en sus pequeñas rozas las sementeras que puede producir el país para mantenerse con lo que les rinde su venta.” (Ulloa 1990, tomo a: 85-86).
7. En las representaciones que de la frontera nos legaron los letrados del siglo XIX prevalece el sentido de límite entre la civilización y la barbarie. En el caso de la *frontier* norteamericana, ésta es concebida como la *línea de americanización* por Frederick Jackson Turner en 1893. Antes, otro ideólogo de la frontera, Domingo Faustino Sarmiento, en 1845, la había fijado como elemento determinante de su famosa dicotomía.
8. Observa Alvaro Fernández Bravo: “... reconocer que las fronteras pueden cambiar significa admitir que su localización no es permanente, que las fronteras no son expresión del espíritu de la patria, materialización de un oscuro *Volksgeist*. Es por ello que la frontera –su fluidez semántica, su nomadismo e inaprehensibilidad– buscó ser detenida, congelada por el discurs-

so del poder. Con ese propósito intentó escribírsela y leérsela como algo fijo, inalterable, ahistórico, trascendental y natural: las fronteras de la Nación estaban allí desde siempre, como un testimonio de la morfología inveterada de la Patria ..." (1994:25).

9. En un artículo dedicado a la comunicación negada, Lore Terracini afirma: "Ma, sul piano della comunicazione, tra dominatore e dominato avviene qualcosa di paradossale fin dal primo istante. Se lo scopo dell'atto semico, operato dall'emittente, è di stabilire fra sé e il destinatario il rapporto sociale che costituirà il senso, questo rapporto sociale, nella Conquista, si pone subito come rapporto extralinguistico: è un atto semico *in quanto* non è un atto di parola. Il segnale del vincitore funziona come portatore di senso appunto perché el vinto non è in grado di decodificarlo come segno linguistico, questo segnale non indica se non l'affermazione del potere del vincitore. Il fallimento del senso sul piano linguistico (ed è un fallimento intenzionale per il vincitore) si converte così, immediatamente, in un senso preciso per un preciso rapporto sociale: il dominio. Emarginato come *homo loquens*, scagliato fuori dalla comunicazione verbale, il vinto viene rifiutato come persona. È appunto il discorso di Pizarro: 'tu no mi capisci, quindi non ti comunico niente; ti comunico solo che non sei degno di esistere'" (1979:285).

BIBLIOGRAFIA

- Adorno, Rolena. "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad". En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIV, N° 28, Lima, 1988: 55-68.
- Adorno, Rolena. "La pertinencia de los estudios coloniales para el nuevo milenio". *Revista ANDES*. Salta: Universidad Nacional de Salta, CEPIHA, 2000:15-25.
- Baretta, Silvio, R. Duncan and John Markoff. "Civilization and Barbarism: Cattle Frontiers in Latin America". *Comparative Studies in Society and History*, 20: 4, 1978: 587-620.
- Bueno, Raúl. "Sujeto heterogéneo y migrante. Constitución de una categoría de estudios culturales". Friedhelm Schmidt-Welle, (ed.), *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Serie Críticas, 2002: 173-198.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayos sobre la heterogeneidad cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994.
- Cornejo Polar, Antonio, "Condición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XXI, N° 42. Lima-Berkeley, 1995: 101-109.
- Cornejo Polar, Antonio. "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno". *Revista Iberoamericana*. N° 176-177, Julio-Diciembre 1996: 837-844.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- Fernández Bravo, Alvaro. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires: Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1994.
- Leonard, Irving. *Viajeros por la América Latina Colonial*. México: FCE, 1992.
- Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2003.
- Lynch, John. *España bajo los Austrias*. Traducción A. Broggi y J.R. Capella. 2 vols. Barcelona: Península, 1984.

- Martínez, José Luis. *Pasajeros de Indias*. Madrid: Alianza, 1984.
- Operé, Fernando. *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*. Argentina: FCE, 2001.
- Otte, Enriqu., *Cartas privadas de emigrantes a Indias. 1540-1616*. Prólogo de Ramón Carande y Thovar. México: FCE, 1993.
- Simmel, Georg. *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*. Introducción y edición por Donald N. Levine. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 2002.
- Slatta, R., K. Jones, D. Hall. "Introducción", en: Guy, Donna & Thomas Sheridan. *Contested Grounds*. Tucson: University of Arizona Press, 1998.
- Terracini, Lore. "Il grado zero della diffusione: il silenzio americano". En: AA.VV., *Terra America. Saggi sulla narrativa latinoamericana*. A cura di Angelo Morino. Torino: La Rosa, 1979: 283-293.
- Ulloa, Antonio de. *Viaje a la América Meridional*. Tomo 2. Edición de Andrés Saumell. Madrid: Historia 16: 1990.